

lo que él se figuraba valer. Su discurso no merecería ser mencionado si en él no se hallaran compendiados todos los anatemas que los republicanos lanzaron, después del golpe de Estado, contra Luis Napoleón. La revisión, en concepto de Víctor Hugo, era un medio de resucitar el consulado, de intentar una especie de imitación del primer Imperio. «¡Cómo!, exclamaba. Porque ha habido un hombre que ganó la batalla de Marengo y porque vosotros habéis ganado la de Satory... ¡Cómo! Porque ha habido un hombre que al cabo de mil años recogió la espada y el cetro de Carlomagno, ¡querriais, á vuestra vez, coger esa espada y ese cetro en vuestras pequeñas manos! ¡Cómo! ¡Después de Augusto, Augústulo! ¡Cómo! Porque hemos tenido á Napoleón *el Grande*, ¡tendríamos á Napoleón *el Pequeño!*...»

Hasta entonces todos los discursos habían adolecido del mismo defecto: todos hablaban de la república y de la monarquía como si ya hubiese sido autorizada la revisión y como si los oradores estuvieran delante de una Asamblea constituyente. Hacia el final de los debates, dos oradores volvieron al objeto concreto de la discusión, M. Dufaure, que combatió la revisión, y M. Barrot, que la defendió.

«La Constitución de 1848, decía M. Dufaure, ha descartado todas las teorías peligrosas, á saber, el derecho al trabajo, la separación de la Iglesia y del Estado y el impuesto progresivo, y ha mantenido todas las garantías que reclamaban los partidarios del orden. ¿A qué, pues, destruirla ahora? A esto se arguye con la crisis de 1852 y la elección presidencial; pero también al principio de la Restauración inspiraron temor las elecciones legislativas y luego nos hemos acostumbrado á ellas; pues lo mismo sucederá con la renovación periódica del poder ejecutivo. ¿Con qué objeto se quiere la revisión? ¿Para instaurar de nuevo la monarquía? Esto sería la guerra civil. ¿Para prorrogar las funciones del presidente? Esto equivaldría á alterar subrepticamente las instituciones republicanas. Se teme que se verifique una reelección anticonstitucional; pero contra este peligro hay una doble garantía, la prudencia del pueblo que respetará la legalidad y la lealtad del presidente que no tolerará la presentación de su candidatura. «Nuestras leyes civiles, añadía M. Dufaure con más honradez que previsión, tienen un pudor admirable que quiero imitar: llaman imposible no sólo á lo que materialmente lo es, sino que también á lo que es contrario á las leyes y á la moral. Como la elección anticonstitucional verificada en 1852 sería contraria á la ley, la declaro imposible.»

M. Barrot fué más previsor: no creía en la virtud de la Constitución, ni en la prudencia del pueblo ni en la abnegación del presidente; señaló los vicios del pacto fundamental, que eran una Cámara única y dos poderes salidos de la misma fuente y, por decirlo así, armados el uno contra el otro; dejó entender claramente que había algo más temible que una prórroga de los poderes presidenciales, un golpe de Estado; aconsejó ardien-

temente á sus colegas que cedieran ante la opinión pública que veía su salvación en la revisión y no perdonaría á quienes desconocieran su voluntad, y con una especie de presentimiento del porvenir afirmó solemnemente que jamás separaría su causa de la del Parlamento. Contra su costumbre, fué en aquella ocasión concreto, enérgico, conciso, apremiante y habría logrado el triunfo de su causa si ésta hubiese podido triunfar.

El día 19 de julio, después de seis días de debate, verificóse la votación. La izquierda y la extrema izquierda votaron en masa contra ésta y lo propio hicieron los orleanistas puros, como Thiers, Remusat, de Mornay, Roger du Nord, Piscatory, Julio de Lasteyrie, Cretón y Desmousseaux de Givré. Tres ó cuatro legitimistas separáronse también de sus amigos, no queriendo ser á ningún precio instrumentos de las ambiciones bonapartistas. Finalmente, observóse que todos los generales de África, sin distinción de opiniones, Bedeau, Changarnier, Lamoricière, Cavaignac y Leflo, rechazaron una solución que indudablemente habría perpetuado á Luis Napoleón en el poder. A parte de estas defecciones, todo el antiguo *partido del orden* volvió á formar para votar la revisión. Según se había previsto, ésta obtuvo la mayoría numérica, pero no la constitucional: la causa revisionista reunió 446 votos contra 270; y como la mayoría de las tres cuartas partes era de 543 votos, faltaban 67 para llegar á la cifra legal.

Terminado aquel gran debate, la Asamblea y el presidente reanudaron sus contiendas ordinarias, del mismo modo que se reanuda un juego interrumpido. La Asamblea votó una orden del día de censura contra el gabinete que, se decía, había empleado su influencia para propagar las peticiones revisionistas; y el presidente, por su parte, se guardó bien de despedir á su ministerio contra el cual acababa de dar aquel voto el Parlamento. Después de estas pruebas recíprocas de malevolencia, los representantes pensaron en tomar un descanso que nueve meses de trabajos y de luchas continuas hacían necesario, y eligiendo una comisión permanente, se separaron el día 9 de agosto para no volver á reunirse hasta el 4 de noviembre. Todos regresaron á sus provincias bajo impresiones muy diferentes: los republicanos repetían con petulancia que no otorgarían á Luis Napoleón ni un escudo ni una hora más de poder, y se regocijaban como al día siguiente de un triunfo; los conservadores benévolos y optimistas todavía acariciaban la esperanza de que al reanudar el Parlamento sus tareas, se presentaría un nuevo proyecto de revisión y de que, volviendo muchos sobre su acuerdo como resultado de sus reflexiones, se lograría entonces la cifra legal de las tres cuartas partes de votos. En cuanto á los miembros más perspicaces de la mayoría, no disimulaban sus inquietudes ni su aflicción, y se burlaban sobre todo implacablemente de la alegría poco razonada y de la peligrosa seguridad de sus colegas de la izquierda: «Tenéis razón, les decían; la Constitución no será revisada, pero ya puede afirmarse que está muerta.» Y no se engañaban.

## LIBRO DÉCIMONONO

### ANTES DEL GOLPE DE ESTADO

- SUMARIO: I.—Luis Napoleón después de haber sido rechazada la revisión. Retirada próxima ó golpe de Estado.—En qué condiciones puede el golpe de Estado tener éxito: esfuerzos del príncipe para atraerse al ejército, asegurarse un Estado mayor civil, conquistar á la burguesía explotando sus temores y atraer á las masas con la perspectiva del sufragio universal restablecido.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—El nuevo ejército de África. Sitio de Zaatcha (octubre-noviembre 1849). Cómo Luis Napoleón busca en Argelia auxiliares para sus propósitos. Motivos diversos que hacen aceptar sus indicaciones.—El general Leroy de Saint-Arnaud; sus antecedentes, su carácter; sus tendencias; lo que le acerca á Luis Napoleón.—El general Saint-Arnaud encargado del mando de la expedición de la Kabilia Pequeña (mayo-julio 1851); peripecias de esta expedición que tiene un fin político. Saint-Arnaud, nombrado general de división, es llamado á París; desde este momento, se le puede considerar como el ministro de la Guerra del futuro golpe de Estado.—El general Magnán nombrado comandante del ejército de París.—Movimiento de tropas; permutas y ascensos; propaganda en el ejército.
- III.—El elemento civil. Obscuridad y corto número de los amigos consagrados á la persona del príncipe.—El Sr. de Maupás; sus antecedentes; de cómo llama la atención del presidente, que procura atraérselo.—El Sr. de Morny: su vida; su carácter; de cómo Luis Napoleón y Morny se atraen mutuamente.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—La burguesía. El temor de los peligros de 1852 la aproxima á Luis Bonaparte.—Votos de los consejos generales en favor de la revisión (agosto de 1851); sentido real de dichos votos.—Diversas candidaturas á la presidencia. La opinión pública vuelve á fijarse en Luis Napoleón.—La prensa del Elíseo; sus sombríos pronósticos. El *espectro rojo*.—El lenguaje y las amenazas de la Montaña contribuyen á acrecentar los temores. Manifiesto de la extrema izquierda; proceso del complot del Sudeste; tropas en la Ardeche.
- V.—Luis Napoleón se propone ejecutar el golpe de Estado durante el interregno parlamentario; sus motivos para obrar así. Planes propuestos por Carlier.—Consideraciones que hacen aplazar este proyecto.
- VI.—El príncipe, para terminar sus preparativos, había de asegurar el concurso ó, al menos, la neutralidad de las masas.—Se decide á pedir la abrogación de la ley del 31 de mayo; oposición de los ministros; su retirada.—Viva emoción en el seno de la Comisión permanente. Lenguaje burlón ó triste de la prensa conservadora.—El nuevo gabinete. El general Saint-Arnaud, ministro de la Guerra; Maupás, prefecto de policía.
- VII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Reunión de la Asamblea (4 de noviembre); sus disposiciones.—El mensaje del presidente; presentación de un proyecto de abrogación de la ley de 31 de mayo; discusión en las secciones. La comisión es hostil al proyecto; expediente imaginado por ella á fin de suavizar su hostilidad.—La proposición ministerial es desechada; débil número de la mayoría. Rumores de golpe de Estado inminente.—Luis Napoleón convertido en campeón del sufragio universal.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Conciliábulos de los diputados de la mayoría.—Del derecho de requisición directa atribuido al presidente y á los cuestores; textos que regulan la materia.—La *proposición de los cuestores*; apreciación de la misma; circunstancias excepcionales que la justifican. La comisión de iniciativa parlamentaria busca una transacción. Lenguaje de los ministros del Interior y de la Guerra. Esperanzas de conciliación; estas esperanzas se disipan.—Conferencias entre los diputados de la derecha y los de la izquierda.—Plan concertado entre los amigos de Luis Napoleón.—Discusión pública (19 de noviembre).—Los generales Saint-Arnaud y Leflo. Imprevisión de la Montaña. Crémieux, Micuel de Bourges y la *Sentinelle invisible*. Charras. Táctica á seguir. Lenguaje imprudente de Vitet.—Intervención de Thiers; interrupciones violentas; interés dramático de la sesión.—El general Bedeau; cuestión que éste plantea; emoción extraordinaria.—La proposición de los cuestores es desechada.
- IX (*Extracto del texto de La Gorce*).—La Asamblea al día siguiente de la votación sobre la proposición de los cuestores. Confusión é impotencia. Fraccionamiento de la mayoría.—Luis Napoleón. Últimas medidas para asegurar el concurso de la fuerza pública. Artículos de los periódicos. Los *dos dictadores*. Discurso del presidente á los expositores franceses de Londres.—En vísperas del golpe de Estado, la Asamblea parece algo menos asustada. Últimos conciliábulos del Elíseo. El golpe de Estado señalado para el 2 de diciembre.

#### I

Una vez desechada la revisión, el presidente no tenía más alternativa que retirarse de la vida pública á la expiración de su mandato ó perpetuarse en su puesto sin consideración á la ley. Esta última resolución es la que él había tomado. Todo el interés de nuestro relato se concentra desde ahora en los preparativos del audaz golpe de mano que asegurara al país cansado el dudoso beneficio de la tranquilidad bajo el poder absoluto.

Semejante propósito no podía realizarse si no se preparaba con mucha anticipación.

La primera condición de éxito era el concurso del ejército. Era necesario que á la hora suprema del conflicto la fuerza pública permaneciese sorda á los llama-

mientos de la Asamblea. Una defección, aunque no fuera más que parcial, podía ocasionar un irreparable fracaso.

Pero aquel apoyo, el más indispensable de todos, no bastaba. Generalmente se nota en los militares una singular mezcla de osadía y timidez. Aun cuando afectan desdeñar la legalidad, no les gusta comprometerse del todo si no se sienten á cubierto por una orden de la autoridad civil. Que esta orden sea regular ó irregular, poco les importa; pero necesitan una. De ahí para Luis Napoleón la necesidad de agrupar en torno suyo una especie de estado mayor civil que, por abnegación ó por interés, consintiera en asumir la primera responsabilidad de la aventura.

Además, la Asamblea, aunque desarmada por la des-



titudin de Changarnier y desacreditada á causa de sus propias disputas, había conservado, á los ojos de muchos, parte de su prestigio. Era esencialmente preciso que el día en que recibiera el golpe, ni la burguesía ni el pueblo hicieran causa común con ella. Este doble peligro inspiró una doble precaución. Respecto á la burguesía, la táctica estaba bien indicada: esta táctica consistía en excitar en los burgueses el sentimiento del miedo, ya tan vivo en ellos; en poner de manifiesto los designios anárquicos de la Montaña; en abultar los peligros, hartos reales, de 1852; en ridiculizar la impotencia de los cuerpos deliberantes; en inducir de este modo los ánimos á la dictadura como al único refugio. En cuanto á las masas, presentábase un medio casi seguro de comprar su neutralidad, si no su favor. La Asamblea, por medio de la ley de 31 de mayo, había mutilado el sufragio universal: se propondría la revocación de esta ley y así se volverían contra la propia libertad los instintos democráticos resentidos. Cierta es que dicha ley había sido presentada por Luis Napoleón; pero poco importaba una contradicción más, si se sacaba algún partido de ella.

En resumen, los esfuerzos del presidente, antes de la hora de la acción, iban á tener cuatro objetos bien distintos: constituir un partido militar; formar un pequeño núcleo de funcionarios civiles que tuvieran poco que perder y que estuviesen dispuestos á todo; paralizar por el temor á una crisis próxima y terrible las aspiraciones liberales de la burguesía; adormecer, en fin, la vigilancia del pueblo haciendo brillar á sus ojos el sufragio universal restablecido.

Una vez realizada esta cuádruple tarea, se habría quitado al azar todo lo que la habilidad ó la astucia podían quitarle. No faltaría ya más que abandonarse á la suerte y dar el último golpe, el último golpe que, según el fracaso ó el éxito, conduciría al príncipe al castillo de Vincennes ó le llevaría al palacio de las Tullerías.

## II

Deseoso, desde hacía mucho tiempo, de crearse partidarios en el ejército, Luis Napoleón había vuelto los ojos hacia la Argelia.

Hacia veinte años que ésta era el campo de batalla de las tropas francesas. Allí Bugeaud había coronado su fama; allí los príncipes de Orleans habían aprendido noblemente la profesión de las armas; allí se habían hecho ilustres Changarnier, Lamoricière, Bedeau, Cavaignac y Duvalier. De aquellos valerosos soldados, la muerte ó el destierro se había llevado á los unos y la política había absorbido á los otros. Crecía en su lugar una generación nueva, brillante también y también ávida de trofeos. Las circunstancias la habían favorecido. Un hecho de armas sobre todo había contribuído á su gloria. Habiendo estallado, á fines de 1849, una insurrección en el Sur de la provincia de Constantina, los rebeldes más resueltos se habían encerrado en el pueblo de Zaatcha, á las órdenes de un jefe llamado Buzián. Habiéndose dirigido el general Herbillón hacia dicho punto con la esperanza de una fácil victoria, se había visto obligado, después de varios golpes de mano infructuosos, á recurrir á un sitio en regla. Entonces se había trabado entre los árabes insurrectos y el cuerpo

expedicionario una lucha modesta por el humilde teatro en que se desarrollaba, pero grandiosa por el heroísmo que ambas fuerzas combatientes desplegaron en ella. Protegidos por sus débiles muros y por huertas cercadas de tapias ó cortadas por acequias, los sitiados hicieron frente al enemigo durante más de seis semanas. Por su parte, nuestras tropas soportaron sin flaquear todos los extremos de la miseria: las sorpresas incesantes de sus adversarios, la falta de víveres, las lluvias, el viento del desierto, los temores de una insurrección general y, para colmo de males, el cólera. Llegaron refuerzos: desde luego acudió el coronel Barral, procedente de Setif, y luego el coronel Canrobert, procedente de Aumale: el pequeño ejército elevóse entonces á seis ó siete mil hombres; pero los combates y las enfermedades mermaban cada día este efectivo. Hubo que destruir las tapias de las huertas, talar las palmeras, llenar los fosos, abrir brecha en los muros, y todo bajo el fuego de un enemigo animado del doble fanatismo religioso y guerrero. El 26 de noviembre, se dió el asalto; pero una vez tomado el recinto amurallado, cada casa convirtióse en una fortaleza. Finalmente, habiendo sido capturado y muerto Buzián, cesó la resistencia y nuestros soldados pudieron hacerse dueños del malhadado pueblo casi destruído (1). Aquel sitio, que costó á nuestro ejército un millar de hombres, entre muertos y heridos, y que duró más de cuarenta días, merecería ser referido en detalle, si no lo impidieran las proporciones de nuestro relato. Para el objeto que nos ocupa, una cosa sobre todo es digna de ser notada. En aquel heroico y sangriento episodio de nuestra historia militar aparecen, al principio todavía de su carrera, varios jefes hasta entonces desconocidos, tales como el general Herbillón, el coronel Canrobert, que mandaba los zuavos; Lourmel, teniente coronel del 8.º de línea; el comandante Bourbaki, jefe de batallón en los cazadores de Africa. Al mismo tiempo, en otros puntos de la Argelia, otros oficiales subían, experimentándose en el arte y en la administración de la guerra. El general Pélissier mandaba las tropas de Orán: en la misma provincia se hallaban: el teniente coronel Bazaine, en el 5.º de línea; el teniente coronel Vinoy, en el 12.º ligero; y, en la provincia de Constantina, el coronel Marulaz mandaba el 20.º de línea. ¿No son los nombres que las guerras del segundo Imperio van á popularizar? ¿No es aquello la *joventud Africana*, como se acostumbró llamarla por oposición á los *viejos africanos*, los Changarnier, los Lamoricière, los Bedeau, que la vida parlamentaria había absorbido?

Entre los soldados de aquella *joventud Africana* buscó Luis Napoleón sus mejores sostenes.

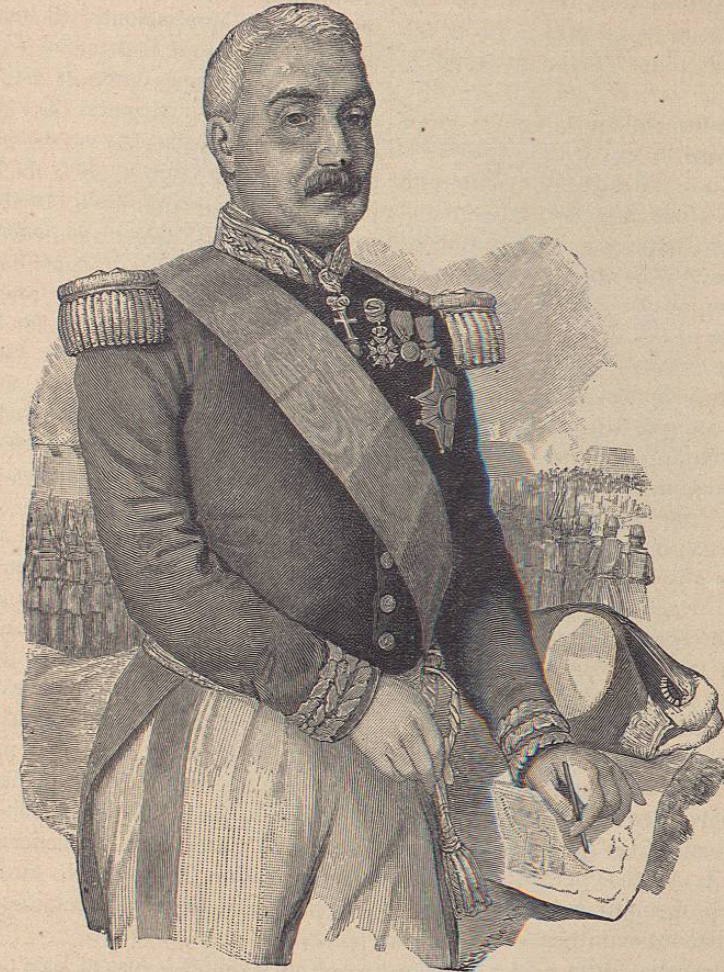
Varias razones contribuían á que sus llamamientos fuesen escuchados. La profesión de las armas sería demasiado hermosa si la pasión del ascenso no la maleara alguna vez, como una vulgar amalgama altera el oro más puro. La rápida carrera de Lamoricière, el encumbramiento súbito de Cavaignac, los brillantes éxitos de Changarnier habían creado un estímulo que, en algunos, llegaba hasta la envidia; de ahí una tendencia á adherirse al partido contrario al que habían elegido aquellos ilustres soldados. Además, si bien los prínci-

(1) Parte del general Herbillón sobre el sitio de Zaatcha (*Monitor* de 1850, págs. 29-31). - *Le Siège de Zaatcha*, por monsieur Ch. Bocher (*Revue des Deux Mondes*, 1.º abril 1851).

pes de Orleans se habían creado muchos títulos para la gratitud, prodigando favores y testimonios de afecto en el ejército de Africa, se habían creado también, como sucede siempre, algunos descontentos, y quizá algunos ingratos. Estos oficiales, justamente postergados ú olvidados de los beneficios recibidos, estaban dispuestos á entregarse á un nuevo jefe cuya fortuna presentían y cuyos favores esperaban. En fin, las azarosas expediciones de Africa, las costumbres de arbitrariedad que au-

Entre los militares jóvenes de alta graduación y de nombradía, había uno que parecía haber llamado más que todos los otros la atención del presidente de la República: era el general Saint-Arnaud.

Jacobo Leroy de Saint-Arnaud había nacido en París el 20 de agosto de 1798. En 1815, por consiguiente á la edad de diez y siete años, ingresó en los guardias de corps. Luego su carrera sufrió una larga interrupción. Sus mejores amigos no ocultaron que su juventud fué



El mariscal Pelissier

torizaba un régimen aún mal definido habían alterado en ciertas almas, leales por lo demás y valerosas, el sentimiento de la legalidad, el respeto al poder civil y á sus atribuciones. En las conversaciones del vivaque se satirizaba al fogoso Lamoricière transformado en legislador, á Cavaignac discutiendo como casuista sobre la República, á Le Fló, á Charras, sobre todo, de quien se decía que se volvía fanático; hablábase con cierto desdén de aquellos *generales-abogados*, y de esto al desdén de las instituciones mismas, no había más que un paso. Recogíanse de lejos los ecos de las pasiones socialistas que, en junio de 1848, habían hecho tantas y tan nobles víctimas en el ejército. El Parlamento aparecía, si no como cómplice del desorden, al menos como incapaz de evitarlo. Aquellos sentimientos algo confusos, medio error, medio verdad, se apoderaban de los ánimos de aquellos soldados. Más de uno tenía el convencimiento de que un golpe de mano contra la Constitución sería como una brillante *razia*.

borrascosa. Largos viajes y aventuras muy diversas desarrollaron en él la iniciativa, el aplomo, la osadía y la habilidad: quizá también aquella accidentada vida embotó la delicadeza de alma que rechaza las empresas equívocas con tanta firmeza como las malas. Después de la revolución de Julio, Saint-Arnaud volvió al servicio: á los treinta años de edad aún era subteniente. Destacado á la ciudadela de Blaye en 1833, fué uno de los guardianes de la desdichada duquesa de Berry. Aquella misión ingrata fué el punto de partida de su fortuna. En Blaye conoció al general Bugeaud, que se interesó por él. En 1846 marchó á Argel. En este nuevo teatro, su valor dispuesto á todo, su espíritu vivo y resuelto le crearon una situación aparte, y merced al patronato de Bugeaud, ascendió en menos de doce años á general de brigada. Acababa de recibir este último ascenso cuando estalló la revolución de 1848. Era entonces un brillante oficial, todavía muy ágil á pesar de sus cuarenta y nueve años y dominando con su ener-



gía moral los frecuentes decaimientos de su salud, de una sangre fría imperturbable, ora alegre como el más despreocupado de los soldados, ora previsor como el más sensato de los capitanes, confiado en sí mismo hasta la presunción, pero demasiado listo para darlo a conocer enteramente, muy ambicioso con cierta afectación de indiferencia, hábil en ir adelante, bien visto de sus jefes y de los príncipes, ligero de caudales y quizá también de escrúpulos, capaz de acciones heroicas y también, según decían, de acciones dudosas, pero con repugnancia y sólo con la mira de un gran provecho; soldado valiente, después de todo, con un matiz de *condottiere*.

A partir de 1848, la correspondencia de Saint-Arnaud permite seguir paso a paso los progresos de su ambición. No era partidario de la República, y tenía excelentes motivos para ello. Hallándose en uso de licencia en París el 24 de febrero, había tomado el mando de una brigada, siendo silbado y maltratado por el pueblo, y ligeramente herido por añadidura. Con su habitual sagacidad, juzgaba en su justo valor a los hombres imprevistos que ocupaban el poder. A los motivos serios de apartamiento se unían pequeñas quejas: la República había disminuído ó suprimido sus gastos de representación, lo cual le contrarió mucho, pues á la edad de cincuenta años pagaba todavía las últimas deudas de su juventud (1). En aquella época empezó á apreciar con una exactitud extrema su propia situación y su porvenir. «Entro en el año de 1849, escribía, con catorce meses de grado de general: no estoy en situación para nada; hay que esperar y dejar que los demás se gasten.» Los demás eran Cavaignac, Lamoricière, Changarnier. «La última palabra de este drama, añadía, no se ha dicho aún, puesto que aún falta el último acto. Quizá nos toque el turno de entrar en escena (2).» La política le espanta y le atrae; con frecuencia repite que le tiene horror; pero vuelve siempre á ella, como á una preocupación que le domina. Lo que él ambiciona es el gobierno general de la Argelia: pero se adivina que su pensamiento vuela á menudo hacia otra parte. A medida que se desarrollan los acontecimientos, aumenta su aversión á la demagogia. Oda á los abogados y sobre todo á los del Parlamento. «Son una partida de embrollones y charlatanes, pero revolucionarios (3).» «Esa Asamblea, escribe en enero de 1850, nos llevará muy lejos y muy abajo (4).» Sus miras, desde luego muy vagas, se precisan: «Después de nuestros desórdenes y nuestras locuras, necesitamos una mano de hierro que nos gobierne. Una temporada de régimen despótico absoluto es lo único que puede conducirnos á un gobierno constitucional sensato (5).» La *Era de los Césares*, de Romieu, que llega hasta su residencia de Constantina, le impresiona agradablemente. La conclusión, sobre todo, le gusta mucho: «Nunca me dejaría dominar por la calle. Antes levantar la bandera de jefe de

(1) *Correspondance du maréchal de Saint-Arnaud*, tomo II, páginas 183 y 295.

(2) Carta del 26 de diciembre de 1848 (*Correspondance*, tomo II, pág. 193).

(3) Carta del 22 de noviembre de 1849 (*Correspondance*, tomo II, pág. 227).

(4) *Correspondance*, tomo II, pág. 238.

(5) Carta del 3 de febrero de 1850 (*Correspondance*, tomo II, página 241).

partida, y de esto á convertirse en César no hay nada imposible (6).»

Aquel hombre tan atento á todas las ocasiones de probar fortuna no conoció en seguida á Luis Napoleón. Había votado por él en diciembre de 1848, porque era lo desconocido, decía él, y porque detrás de lo desconocido hay la esperanza (7). Poco á poco el odio á las argucias constitucionales le había acercado al jefe del poder ejecutivo: las sutilezas parlamentarias, los míseros debates sobre la dotación excitaban sobre todo sus satíricas apreciaciones. El mensaje del 12 de noviembre de 1850 le impresionó: «Dicen que es de puño y letra del príncipe; entonces éste es un hombre..., es todo corazón é inteligencia (8).» De este modo Saint-Arnaud se acercaba cada vez más al presidente, á quien no había visto todavía, pues no había estado en París desde 1848, pero á quien presentía ya. Entonces, por su parte, Luis Napoleón se había ya fijado en aquel brillante general, vivo, inteligente, resuelto, más aficionado á la guerra que á la política, pero sin desdeñar la política, con la condición de que fuese tan movida como una batalla. En busca de hombres nuevos, comprendió en seguida el valor de semejante auxiliar. Lo apreció á causa de sus raras cualidades y también á causa de sus defectos; porque sus defectos mismos eran indicio seguro de que se entregaría sin escrúpulos y sin reservas.

En febrero de 1851 corrió el rumor de que Saint-Arnaud iba á ser ascendido á general de división y llamado á París. Este rumor no se confirmó. Aun no había llegado la hora de la crisis. Además, Saint-Arnaud, muy conocido en la Argelia, no lo era en Francia y por consiguiente no se hallaba todavía á la altura de un gran papel. Era necesario que una expedición considerable consagrara su fama aún muy reciente. Sólo entonces podría influir de una manera decisiva en los destinos de su país. Luis Napoleón lo comprendió así y empezó á buscar para su general favorito alguna brillante ocasión de gloria. No tardó en encontrarla. En la primavera de 1851 decidióse la expedición de la Kabília.

A unas veinte leguas al Este de Argel y no lejos del litoral empieza una región montañosa que, desde el Ued-Isser hasta el Djijellí, se llama la Gran Kabília ó Kabília Mayor, ó bien Kabília del Djurjura, y que, desde el Djijellí hasta Collo, es designada con el nombre de Kabília Menor ó Pequeña Kabília oriental. Allí vive una tribu muy diferente de la población árabe, tribu industrial, agrícola, sedentaria, con su lengua y sus costumbres propias, y sobre todo muy fanáticos de su independencia. Los kabilas no habían aceptado nunca del todo la dominación turca, y nuestras tropas habían más bien cercado y envuelto su país que penetrado en él. Aquella región casi inexplorada es la que se trataba de ocupar y someter.

Una vez resuelta la guerra, ¿por qué punto preciso empezarian las operaciones? El gobernador general era

(6) Carta de... noviembre de 1850 (*Correspondance*, tomo II, página 309).

(7) Carta del 15 de diciembre de 1848 (*Correspondance*, tomo II, pág. 191).

(8) Carta del 20 de noviembre de 1850 (*Correspondance*, tomo II, pág. 310).

partidario de empezarlas contra la Kabília Mayor: Saint-Arnaud, por el contrario, juzgó más oportuno y más fácil un ataque contra la Kabília Menor ó Kabília oriental (1). Su opinión prevaleció y le fué conferido el mando superior. Desde el punto de vista militar, aquella expedición tenía la ventaja general de consolidar y extender nuestra dominación. Decíase que tendría además por consecuencia levantar el bloqueo de Djijellí, poner esta plaza en relación con el interior y con Milah,

que llevaban mucho tiempo de campaña en Africa; el 10.º de línea, el único nuevo en la colonia, hacía poco que había llegado de Tolón. No se perdonó medio de realzar la expedición y engrandecer al futuro vencedor. La empresa fué anunciada aparatosamente. Enviáronse oficiales extranjeros, belgas, neerlandeses y piemonteses, para que siguieran las operaciones. De París habían llegado un joven jefe de escuadrones de caballería y el comandante Fleury, amigo de Luis Napoleón y antiguo



El general Fleury

asegurar las comunicaciones entre Philippeville y Constantina y garantir en fin la seguridad de las propiedades del Estado situadas en el valle del Rommel (2). La empresa tenía otro fin sobre el cual nada se decía, pero que era de los principales, y este fin consistía en poner de relieve los servicios y el mérito de Saint-Arnaud.

A principios de mayo, Saint-Arnaud concentró en Milha, pueblo situado al Norte de Constantina, su cuerpo expedicionario, compuesto de doce batallones de infantería, ocho piezas de artillería de montaña, cuatro escuadrones de caballería, formando en todo un efectivo de 8.000 hombres. Estas tropas se hallaban divididas en dos brigadas mandadas por los generales Luz y Bosquet. Eran regimientos aguerridos: el 8.º de línea, que se había batido en Zaatcha el 9.º y el 20.º,

(1) *Correspondance du maréchal de Saint-Arnaud*, tomo II, página 316.

(2) Informe del ministro de la Guerra al presidente de la República sobre la expedición de Kabília.

subordinado de Saint-Arnaud (3). El comandante Fleury no venía solamente para tomar parte en la guerra, sino que venía también y sobre todo para anudar inteligencias en los regimientos, descubrir las capacidades y despertar las abnegaciones.

El plan de campaña estaba trazado. El general en jefe, á partir de Milah, había de atravesar la espesura montañosa que se extiende entre este pueblo y Djijellí, cruzando de Sur á Norte la Kabília Menor: una vez en Djijellí, había de correrse al Oeste, al Sur, luego al Este, envolver á las tribus, recibir su sumisión, organizar, si era posible, los territorios, pasar á Collo, de Collo á Philippeville, y, terminada su misión, regresar á Constantina, capital de su mando.

El 10 de mayo, el general salió de Milha y se puso en marcha hacia Djijellí. Entre estos dos pueblos, toda clase de obstáculos entorpecieron el avance de la co-

(3) *Correspondance du maréchal de Saint-Arnaud*, tomo II, páginas 322 y 330.